

Traduzione di Ester Buenfil Patròn

יַם-סוּף

EL MAR DE LOS JUNCOS

Ex 13,17-14,31

El concepto de milagro aceptado por los historiadores se puede definir, en su momento original, como un asombro continuo. El hombre filósofo y el religioso observan los dos fenómenos con el mismo asombro pero el primero neutraliza su asombro en el conocimiento ideal, el otro permanece allí; ningún conocimiento puede debilitar su asombro, toda explicación de la causa para él sólo profundiza el milagro.

El milagro no es algo sobrenatural o supra-histórico, sino un acontecimiento que sin duda puede ser incluido en la causalidad científica objetiva de la naturaleza y de la historia, pero, por la importancia vital que tiene para la persona que lo vive, se sacude la certeza de la causalidad científica y disipa esos seguros soportes del conocimiento: naturaleza e historia.

Milagro es simplemente lo que sucede, en la medida en que le sucede al hombre que está suficientemente preparado, que es capaz de percibirlo como un milagro. La situación extraordinaria favorece este encuentro, pero no es lo que distingue al evento; aún la cosa más común, a la luz de la hora fatal, puede revelarse como un milagro.

M. Buber

Hemos llegado a la cúspide de la primera parte del libro de Éxodo, el paso del Mar Rojo y del canto de Moisés y Miriam.

Esta sección tiene una estructura muy clara y sencilla:

vv. 13,17-14,18 viaje desde la tierra de Goshen hasta el Mar de los Juncos;

vv. 14,19-31, el cruce del mar;

vv. 15,1-21, el canto del Mar, la celebración de lo que el Señor ha hecho, el texto más antiguo, se remonta, en una gran parte, a la tradición oral, al tiempo antes del exilio, sello de esta primera parte del libro. A éste, por su importancia, dedicaremos una lectio aparte.

LA ACCIÓN INCESANTE DE DIOS

El Dios que conduce a Israel fuera de Egipto es el Dios de los padres, es el Dios que en el libro del Génesis hemos aprendido a conocer como compañero del

camino de quienes hacen una elección, el amigo de Abraham, del querido y apasionado amigo de Jacob como nos lo cuentan los *miḏrāšīm*, el escudo de Abraham, el Dios altísimo de Melquisedec, 'ēl šadday el *Dios-que-basta*, el Dios que lucha con Jacob y que lo bendice, el Dios que protege y salva a José y a través de él a su familia, el Dios que ha acompañado las peregrinaciones de los patriarcas y se ha involucrado con sus historias.

Y ahora lo conocemos como Dios capaz de conducir a su pueblo a la libertad, para generarlo a un nuevo futuro, para acompañarlo en su crecimiento, para protegerlo y custodiarlo en su camino, para conducirlo en la fidelidad y en el amor, con una acción continua e incesante, hacia el lugar de la promesa, un lugar que es la relación de amor de la recíproca pertenencia entre Dios y su pueblo.

Una acción incesante, una participación incesante, una atención incesante.

Dios guía a su pueblo, y su guía es una guía original: los lleva por un camino diferente al camino acostumbrado por las caravanas y por los ejércitos; invita a seguir pasos que se confíen en la intuición, en una semioscuridad, en una semi luminosidad, en una presencia que es de fuego y de nube. El pueblo que sigue a Moisés, que sigue a Dios, llega a la orilla del mar de las varas, o Mar de los Juncos.

Nunca sabremos lo que realmente sucedió: un terremoto, un maremoto, la espiración del viento violento de oriente que secó el agua. No sabemos cuánto haya sido evidente el simple fenómeno natural, o cuánto poco haya sido. El hecho es que el pasaje por el mar ha sido experimentado por los israelitas como *el milagro del mar*. Israel vio en ese día la gran mano de Dios y ha colocado en su corazón los fundamentos de la fe en él.

La canción de Miriam termina con la afirmación de que *el Señor reina*. El verbo מַלַךְ *mālāk*, traducido con *reinar* en su raíz asiria significa *decidir, aconsejar, resolver*: el rey es el que tiene la opinión decisiva, y esto significa que Dios es quien decide en la historia, en el destino de un pueblo, que sólo en su palabra es capaz de dar sentido a los acontecimientos, a la vida del individuo y de la comunidad, que sólo su actuar coloca el sello final de la historia, que se manifiesta como la historia de la salvación, hace de él el lugar donde revelar el amor por su pueblo.

EL CAMINO MÁS LARGO

Cuando el Faraón dejó partir al pueblo, Dios no lo llevó por la ruta que atraviesa el país de los filisteos, aunque es la más directa, porque pensó: «Es posible que al verse atacados se arrepientan y regresen a Egipto». Por eso les hizo dar un rodeo, y los llevó hacia el Mar Rojo por el camino del desierto. Al salir de Egipto, los israelitas iban muy bien equipados. Moisés tomó consigo los restos de José, porque éste había comprometido a los israelitas con un juramento solemne, diciéndoles: «El Señor vendrá a visitarlos, y entonces ustedes se llevarán mis huesos de aquí». Después que partieron de Sucot, acamparon en Etam, al borde del

desierto. El Señor iba al frente de ellos, de día en una columna de nube, para guiarlos por el camino; y de noche en una columna de fuego, para iluminarlos, de manera que pudieran avanzar de día y de noche. La columna de nube no se apartaba del pueblo durante el día, ni la columna de fuego durante la noche.

Ex 13,17-22

El relato de la salida de Egipto realmente tiene en sí mismo elementos de luz y de oscuridad. Parece realmente la explicación de lo que fue el pilar de fuego durante la noche y la columna de nube durante el día, debido a que los elementos contradictorios, luces y sombras, se alternan en esta historia. Sigamos el texto.

Los israelitas *subieron armados*, וַחֲמוּשִׁים עָלוּ, *wahămušîm 'ālû*, donde la palabra חֲמוּשִׁים *hămušîm*, proviene de חָמֵשׁ, *hōmeš*, *un quinto*, una palabra que en sí misma contiene la idea de *cinco* y luego podría traducirse simplemente como *organizados en grupos de 50*, como si fueran batallones listos para la guerra. El texto, de acuerdo con los rabinos, sin duda subraya el hecho de que no huyen de la tierra de Egipto avergonzándose y como esclavos, sino como un glorioso ejército, equipado con adecuados medios para hacer frente a una guerra. Sin embargo, Dios no lo condujo por la ruta más corta porque ellos eran débiles, fáciles de caer en el temor y en el desaliento ante el enemigo, ante los obstáculos.

Así, resuena un fuerte contraste entre el ostentar una fuerza y la realidad de una debilidad.

El *camino cercano*, el que hacía más cercana la meta, se extendía a lo largo de la costa del Mediterráneo, a partir de la frontera de Egipto, terminando en Gaza, en la tierra de los filisteos, un camino de unos 200 km., que se recorría en unos pocos días. Los israelitas no habrían tenido que tomarlo, ya que la primera etapa del viaje hacia Canaán incluía la etapa en el Monte Sinaí para servir al Señor. Sin embargo, el texto plantea otra razón para la elección de no seguir *el camino del mar*: era la forma más fácil para escapar de Egipto, pero también la más fácil para volver. Para desalentar el regreso fácil, la tentación de no ir hacia adelante, para no hacer frente a los retos, Moisés lleva a su pueblo por el camino más largo porque el tiempo y el espacio pueden hacer madurar el corazón de Israel.

Ahora Moisés condujo a los Judíos por ese camino porque si los egipcios hubiesen cambiado de opinión y quisiesen perseguirlos, habrían sido castigados, por no haber respetado maliciosamente el pacto; por otra parte, estaban los palestinos, gente adversa a ellos por viejas animosidades. También a ellos deseaban ocultar su viaje, porque vivían en la frontera con los egipcios.

Es por esto que no condujo a su pueblo por la ruta directa a Palestina, sino que decidió hacer un viaje largo y arduo a través del desierto para invadir Canaán. Además, también fue movido por el orden recibido por Dios para guiar a su pueblo al Monte Sinaí, para ofrecerle sacrificios allí.

José Flavio, Antigüedades Judías, libro II, 322-3

Esta es una gran lección: el éxodo se lleva a cabo para un pueblo que no está todavía listo para vivir la nueva libertad, para un pueblo que es pequeño, que no sabe, que se pierde, que no está convencido, que aún es esclavo. Los rabinos dicen que muchos de los hijos de Israel que salieron de Egipto, salieron porque se sentían aplastados por las palabras del Faraón, y no porque estuvieran convencidos de su libertad: lo que les hizo esclavos no era Egipto, sino el miedo, la mentalidad de esclavos que ya estaba arraigada en sus corazones.

Sin embargo, la libertad es un proceso de maduración en el que hay que entrar, es una realidad a acompañar, a guardar, a ser confirmada, para esperar en el propio corazón y en los corazones de los demás. No es una realidad absoluta que resplandece en toda su fuerza, sino una semilla colocada en el corazón humano, una semilla para crecer, a la cual darle tiempo y hacerle sitio. No sucede porque todo está claro, todo es según las expectativas, no tiene lugar una vez por todas, sino que da sus primeros pasos cuando todavía está oscuro, cuando todo es todavía incierto, incluso cuando aún hay miedos, cuando aún parece imposible. La fe se mide en esta coexistencia de luces y sombras, de trigo y las malas hierbas.

No es la presencia de la cizaña la que define la realidad de las cosas, sino la esperanza cierta de que el trigo madurará.

Y es necesario darle a este trigo el tiempo para crecer. Tal vez muchos retrasos, muchos pasos lentos no son simplemente inconsistencias, o miedos, o incapacidad nuestra para concretizar algo: puede que no siempre sea sabiduría la de ir directamente al punto, a la concretización. Tal vez tiempos más largos, cuando parece que no se llega a nada, son una providencia en la que estamos llamados a crecer: un momento que se nos da para ser capaces de Dios y de lo que Él sabe realizar en nuestras vidas.

MIEDO Y ESPERANZA

El Señor habló a Moisés en estos términos: «Ordena a los israelitas que vuelvan atrás y acampen delante de Pihajiro, entre Migdol y el mar, frente a Baal Sefón. Acampen a orillas del mar, frente al lugar indicado. Así el Faraón creerá que ustedes vagan sin rumbo por el país y que el desierto les cierra el paso. Yo, por mi parte, endureceré su corazón para que salga a perseguirlos, y me cubriré de gloria a expensas de él y de todo su ejército. Así los egipcios sabrán que yo soy el Señor».

Los israelitas cumplieron esta orden.

Cuando informaron al rey de Egipto que el pueblo había huido, el Faraón y sus servidores cambiaron de idea con respecto al pueblo, y exclamaron: «¿Qué hemos hecho? Dejando partir a Israel, nos veremos privados de sus servicios». Entonces el Faraón hizo enganchar su carro de guerra y alistó sus tropas. Tomó seiscientos carros escogidos y todos los carros de Egipto, con tres hombres en cada uno.

El Señor endureció el corazón del Faraón, el rey de Egipto, y este se lanzó en persecución de los israelitas, mientras ellos salían triunfalmente.

Los egipcios los persiguieron los caballos y los carros de guerra del Faraón, los conductores de los carros y todo su ejército; y los alcanzaron cuando estaban acampados junto al mar, cerca de Pihajiot, frente a Baal Sefón.

Cuando el Faraón ya estaba cerca, los israelitas levantaron los ojos y, al ver que los egipcios avanzaban detrás de ellos, se llenaron de pánico e invocaron a gritos al Señor. Y dijeron a Moisés: «¿No había tumbas en Egipto para que nos trajeras a morir en el desierto? ¿Qué favor nos has hecho sacándonos de allí? Ya te lo decíamos cuando estábamos en Egipto: "¡Déjanos tranquilos! Queremos servir a los egipcios, porque más vale estar al servicio de ellos que morir en el desierto"». Moisés respondió al pueblo: «¡No teman! Manténganse firmes, porque hoy mismo ustedes van a ver lo que hará el Señor para salvarlos. A esos egipcios que están viendo hoy, nunca más los volverán a ver. El Señor combatirá por ustedes, sin que ustedes tengan que preocuparse por nada».

Después el Señor dijo a Moisés: «¿Por qué me invocas con esos gritos? Ordena a los israelitas que reanuden la marcha. Y tú, con el bastón en alto, extiende tu mano sobre el mar y divídelo en dos, para que puedan cruzarlo a pie. Yo voy a endurecer el corazón de los egipcios, y ellos entrarán en el mar detrás de los israelitas. Así me cubriré de gloria a expensas del Faraón y de su ejército, de sus carros y de sus guerreros. Los egipcios sabrán que soy el Señor, cuando yo me cubra de gloria a expensas del Faraón, de sus carros y de sus guerreros».

Ex 14,1-18

También en el capítulo 14 seguimos viendo violentos contrastes, contradicciones agudas:

por un lado el Faraón, su cambio de posición y, por lo tanto, la falta de fiabilidad de sus palabras y de sus decisiones, el poder de su ejército, la decisión de la muerte;

por el otro, el temor a los hijos de Israel, su clamor a Dios, la noche del terror, el mar cerrado. Israel está atrapado en Pi Akirot, *la boca de la libertad*, un término que alude a su ubicación en una garganta, encerrado entre dos colinas, un valle estrecho donde los judíos estaban completamente atrapados Pero Rashi escribe que no saben cómo salir ni a dónde ir: por lo tanto es una situación existencial, un estado de confusión, de pérdida de referencias, de horizontes.

Y, por último, al lado y en el interior de todo esto, el signo, la presencia solemne y fuerte de la columna de humo y de fuego que protege a Israel en su camino, lo conduce, nunca se aparta de él con el fin de asegurar su camino, hacer seguro el día, y segura su noche.

Miedo y esperanza,
ambigüedad y certeza,
terror y confianza,
desconcierto y firmeza.
confusión y paz,
gritos y silencio.

Y entre el ruido de carros que persiguen y el grito de miedo de los hijos de Israel, las palabras de Moisés: ¡no tengáis miedo! Sed fuertes, y veréis la salvación que el Señor realiza por vosotros; porque a los egipcios que hoy habéis visto, nunca los veréis de nuevo. El Señor peleará por vosotros, y vosotros estaréis tranquilos.

El Mekhilta R. Ishmael enseña, a partir de esta exhortación de Moisés, que el pueblo judío se dividió en cuatro facciones ante la amenaza de Egipto:

Los hijos de Israel en el Mar Rojo estaban divididos en cuatro grupos: Un grupo decía: arrojémonos al mar. Otro decía: regresemos a Egipto. Otro más: luchemos; y el último: clamemos contra ellos.

*A los que decían: "Arrojémonos al mar", se les dijo: **esperad la salvación que Dios va a realizar hoy por vosotros.***

*Para quienes dijeron: "Volvamos a Egipto", se dijo: **Así como habéis visto hoy a los egipcios, nunca les volveréis a ver.***

*Para los que dijeron: ¡Luchemos!, se dijo: **Dios peleará por vosotros.***

*Para los que dijeron: ¡Invoquemos a Dios! se dijo: **Permaneced en silencio.***

El Señor peleará por vosotros: no sólo esta vez, sino siempre, él va a luchar siempre contra vuestros enemigos. R. Meir dice: El Señor luchará por vosotros: Si el Señor luchará por ti cuando estás en silencio, mucho más cuando lo alabarás.

Cfr. Mekhilta de Rabí Ishmael, Parashat Beschallah III

La solución para estas cuatro reacciones es la palabra que pone en marcha, lo que Dios dice a Moisés en Éxodo 14,15: *Habla a los hijos de Israel y ponte en marcha.*

Todavía es sorprendente cómo la palabra de la confianza y de la esperanza se pueda encontrar junto con palabras de ira y de violencia, junto con las palabras de duda y miedo, de desánimo y angustia.

Y esto es terrible y alentador al mismo tiempo, porque nos empuja como creyentes a buscar siempre esta Palabra al interno de las palabras,

a buscar el Camino cuando los caminos están cerrados,

a escuchar las palabras de una canción cuando todo está en silencio,

a construir la paz donde se niega,

a tejer la vida allí donde todo parece arrancado por la muerte.

Y todo esto uniéndose con esta realidad, llegando a ser uno con ella, sin distanciarse, sino dejándonos implicar, determinar, llamar para lo que hemos sido enviados.

EL PASO DEL MAR

El ángel de Dios, que avanzaba al frente del campamento de Israel, retrocedió hasta colocarse detrás de ellos; y la columna de nube se desplazó también de delante hacia atrás, interponiéndose entre el campamento egipcio y el de Israel. La nube era

tenebrosa para unos, mientras que para los otros iluminaba la noche, de manera que en toda la noche no pudieron acercarse los unos a los otros.

Entonces Moisés extendió su mano sobre el mar, y el Señor hizo retroceder el mar con un fuerte viento del este, que sopló toda la noche y transformó el mar en tierra seca. Las aguas se abrieron, y los israelitas entraron a pie en el cauce del mar, mientras las aguas formaban una muralla a derecha e izquierda. Los egipcios los persiguieron, y toda la caballería del Faraón, sus carros y sus guerreros, entraron detrás de ellos en medio del mar.

Cuando estaba por despuntar el alba, el Señor observó las tropas egipcias desde la columna de fuego y de nube, y sembró la confusión entre ellos. Además, frenó las ruedas de sus carros de guerra, haciendo que avanzaran con dificultad. Los egipcios exclamaron: «Huyamos de Israel, porque el Señor combate en favor de ellos contra Egipto».

El Señor dijo a Moisés: «Extiende tu mano sobre el mar, para que las aguas se vuelvan contra los egipcios, sus carros y sus guerreros». Moisés extendió su mano sobre el mar y, al amanecer, el mar volvió a su cauce. Los egipcios ya habían emprendido la huida, pero se encontraron con las aguas, y el Señor los hundió en el mar. Las aguas envolvieron totalmente a los carros y a los guerreros de todo el ejército del Faraón que habían entrado en medio del mar para perseguir a los israelitas. Ni uno solo se salvó. Los israelitas, en cambio, fueron caminando por el cauce seco del mar, mientras las aguas formaban una muralla, a derecha e izquierda.

Aquel día, el Señor salvó a Israel de las manos de los egipcios. Israel vio los cadáveres de los egipcios que yacían a la orilla del mar, y fue testigo de la hazaña que el Señor realizó contra Egipto. El pueblo temió al Señor, y creyó en él y en Moisés, su servidor.

Ex 14,19-30

Al igual que con todos los eventos que han acontecido hasta ahora, las plagas, la salida después de la matanza de los primogénitos y así para todo evento antiguo, también con el paso del mar no podemos reconstruir con precisión científica lo que realmente sucedió.

El paso del mar se llevó a cabo en un lugar que se llama *Mar de los Juncos*, *Mar de las Varas*, en la región de los lagos Amargos. El lugar debe ser el que coincide con el actual canal de Suez, y que en los tiempos del Éxodo habría sido un pantano, difícil de cruzar, excepto por los expertos, y sujeto a ciertas condiciones.

El hecho histórico fue probablemente el cruce experto de este pantano, de estas piscinas de agua pantanosa, en una noche ventosa, el violento *Hamsin*, un viento del este, famoso por ser especialmente letal, capaz de secar rápidamente todo lo que encuentra a su paso. El relato bíblico nos habla de dos maneras de este cruce: una, sin duda, la más antigua, que describe con precisión el soplar de *רִזְחַן קְדִיִּים עֲזָה* *rú^ah qādîm 'azzâh*, el fuerte viento del este que empuja el agua y hace que se vea seco, así como se llevó a cabo el día de la creación en Génesis 1,9: *Y Dios dijo: "que las aguas*

debajo del cielo se acumulen en una sola masa, y que aparezca el espacio seco". Y así sucedió.

Fue un evento favorable, un evento que es natural desde el punto de vista geológico en esa franja de tierra que se extiende desde Goshen hasta el Sinaí. Natural y también extraordinario por las coincidencias: el viento que sopla, la habilidad efectiva de los guías de Israel, la tierra seca para algunos y para los otros el agua y el pantano en el que se hunden con los vehículos pesados.

Sin embargo, en este cruce, lo repito, extraordinario, pero no sobrenatural, Israel vio la mano poderosa del Señor, este evento se ha convertido en canto, en celebración, de lo que sólo el Señor puede hacer.

Ha sido el ver de la fe: los hijos de Israel han visto en un evento histórico, la intervención de Dios, la poderosa mano del Señor que los ha salvado. Y esta visión hizo ese evento diferente de los demás.

Entonces no es un hecho excepcional, sobrenatural lo que da lugar a la fe, sino que es la fe que es capaz de comprender en lo que es natural la obra de Dios.

¿Ahora, como invocarán a aquel en quien no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Cómo oirán de él sin que se les anuncie?
Rom 10,14

La fe viene de la escucha de la Palabra.

No creo porque vi, sino porque he oído.

Escucha, Israel: el Señor es nuestro Dios, el único Señor.

Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Estos mandamientos que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón. Y los repetirás a tus hijos, y hablarás de ellos estando en tu casa, cuando andes por el camino, cuando te acuestes y cuando te levantes.

Los atarás en la muñeca como un signo, que estará como frontal entre tus ojos y los escribirás en los postes de tu casa y en tus puertas.

Deut 6,4-9

Escucha es el único imperativo que hay en este libro de Deuteronomio.

Amarás no es imperativo, sino que es una forma hebrea, el *waw conversivo con el tiempo perfecto*, lo que indica un futuro seguro.

Entonces se debería traducir: *Escucha, Israel: ama con todo el corazón...*, pero: *Escucha: el Señor es uno. Si realmente has escuchado esto, y esto es cierto para ti, entonces seguramente amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con todas tus fuerzas y con toda tu alma.* Esto es algo extraordinario, es decir, como la decisión de amar, que nace de la escucha. El único imperativo.

De la escucha y luego, del reconocimiento de que Él es el único.

Por lo tanto, si Él es el único, *sin duda* amarás al Señor tu Dios con todas tus fuerzas.

Ciertamente estas palabras que te doy las tendrás fijas en el corazón, y no en la boca.

Ciertamente las repetirás a tus hijos.

Ciertamente hablarás de ellas estando en tu casa.

Ciertamente hablarás de ellas cuando estarás en camino, cuando te acostarás y cuando te levantarás.

Ciertamente las colocarás en tu mano como un signo, si has oído que el Señor es un Dios único,

y *ciertamente* las escribirás en los postes de las puertas.

Parece realmente imposible separar la Escucha de lo que viene después, porque lo que viene a continuación no es un ejercicio de la voluntad, no es simplemente la obediencia, sino que es un resultado natural de una certeza. De hecho, más que de un mandamiento, los judíos hablan de la *seguridad de Israel*.

Esta es la única certeza, no el único mandamiento: que Dios es único, y luego sucede el resto.

La escucha entonces, se convierte en una certeza de la acción de Dios, la escucha se convierte en una nueva forma de ver la historia, los eventos, nuestros días, una nueva forma de llamar a las cosas, a las situaciones de la vida, con el nombre de la fe.

Cuando se confía en el Señor, y hasta se siguen los caminos en el mar, este último, no sólo se desvanece ante el hombre, sino que también se convierte en un muro de protección que lo defiende de los peligros.

Rebe Lubavite

Así canta la fe que Israel ha llevado a través del mar, y que las aguas se han convertido en una pared a la derecha y a la izquierda, atravesando el mar que estaba seco y en donde las aguas han envuelto a los egipcios. Todo para cantar y celebrar al Único que realmente hace la historia del mundo, incluso utilizando todo aquello que se opone, como lo veremos en la próxima lectio.

La fe que abre el mar está en el corazón de un texto del Talmud.

El *Talmud* (Tratado Sotah 37a) relata que cuando Moisés extendió su brazo sobre el mar, así como lo había mandado Dios, no sucedió absolutamente nada. El mar nunca se habría abierto si no hubiera sido por *Naḥšôn ben 'amînādāb*.

Él era el líder de la tribu de Judá (ver Num 1,7), padre de Nadab y de Abiú: su hermana era la esposa de Aarón (Ex 6,23).

Fue el único a entender que al pueblo le tocaba demostrar su confianza en Dios antes de que Dios actuara. A continuación, se lanzó en el agua y como resultado se abrió el mar. Es extraordinario este *midrāš* que atribuye a la fe la apertura del mar: *Naḥšôn* se lanza al agua seguro de que el mar se abrirá. A la luz de este gesto, el *Talmud* interpreta el Salmo 114,3: *el mar vio y huyó*, como si se tratara de: el mar lo vio y se retiró, es decir, que vio la fe de *Naḥšôn* y se retrajo.

Este príncipe de Judá, que acabamos de conocer, lo encontramos incluso en el Nuevo Testamento: es *Naasón hijo de Aminadab*, uno de los antepasados

desconocidos de Jesús, una cara hasta entonces anónima de esa interminable lista de nombres con la que comienzan los evangelios de Mateo y Lucas:

Cuando comenzó su ministerio, Jesús tenía unos treinta años y se le consideraba hijo de José. José era hijo de Elí; Elí, hijo de Matat; Mata, hijo de Leví; Leví, hijo de Melquí; Melquí, hijo de Janai; Janai, hijo de José; José, hijo de Matatías; Matatías, hijo de Amós; Amós, hijo de Naúm; Naúm, hijo de Eslí; Eslí, hijo de Nagai....

David era hijo de Jesé; Jesé, hijo de Jobed; Jobed, hijo de Booz; Booz, hijo de Sela; Sela hijo de Naasón; Naasón, hijo de Aminadab; Aminadab, hijo de Admín; Admín, hijo de Arní; Arní, hijo de Esrom; Esrom, hijo de Fares; Fares, hijo de Judá...

Lc 3,23-35.31-33

Gracias *Naḥšôn ben ‘amînāḏāb*, príncipe de Judá,
por tu fe,
porque viste la capacidad de caminar sobre el agua
para llegar a la otra parte del mar,
tú que has visto porque sabías,
has visto porque creías.

Pide por nosotros al Dios, tuyo y nuestro,
que has reconocido como único,
como Señor, digno de confianza, digno de la gloria,
para realizar los gestos valientes de la fe de quien sabe cómo arriesgar,
de la fe que ve el cumplimiento en los primeros brotes,
de la fe que mueve los pasos de aquellos que están en la noche
de la fe que en todo cree, porque todo lo sabe.

Acuérdate de nosotros ante tu Señor,
de nosotros que somos hijos de Aquel que de tu estirpe nació,
de quien conoce al Padre,
sabiduría que ha vencido al mundo.
Amén

PARA LA REFLEXIÓN Y LA ORACIÓN:

En primer lugar, propongo un itinerario en el Salterio, un desplazamiento individual con los diferentes salmos, iniciando con los que conocemos mejor, para localizar las dos expresiones:

- El grito de lamento: *¡Despierta! ¿Por qué duermes, Señor? No calles, mi Dios, etc.*
- Y el grito de fe, de la certeza: *Tú eres mi Dios, Tú eres mi refugio, tú eres mi fuerza, me has levantado de la fosa de la muerte...*

Esto nos ayuda a hacer más nuestra la oración de los salmos que nos acompaña todos los días en la Liturgia de las Horas.

La segunda área de trabajo, tanto a nivel personal como comunitario, podría ser la presencia de la oscuridad y de la luz. ¿Cómo vivo, cómo vivimos la presencia de retrasos, obstáculos, conflictos, deserciones, de dificultades cotidianas? ¿Somos capaces de reconocer los signos de vida allí donde no parece existir ninguna esperanza? ¿La Palabra en su aparente ausencia, el reino de Dios ahí donde parece no tener ningún lugar? ¿Sabemos llevar la contradicción de nuestra vida y de nuestra historia, teniendo en alto la Palabra de la fe? ¿Cómo? ¿Con qué herramientas? ¿Qué nos ayuda a avanzar hacia el día?

Israel vio la mano poderosa con la que el Señor había actuado en contra de los egipcios y el pueblo temió al Señor y creyó en él y en su siervo Moisés.

La fe que ve y reconoce, que confía en lo que todavía no es, pero sin duda será y la fe como fruto de ello, resultado de la acción de Dios. La fe precede, acompaña y es el fruto. Y no es sólo la fe en Dios, sino en Dios y en su siervo Moisés. No es suficiente creer en Dios, porque en la Escritura, él se da a conocer a través de personas que él ha elegido y que le son testigos. En el Nuevo Testamento, los discípulos aprendieron a creer en Dios, y Jesús en Caná, *reveló su gloria y sus discípulos creyeron en él (Jn 2,11)*. Y el mismo Jesús pide tener fe en él: *No se turbe vuestro corazón. Creed en Dios, creed también en mí (Jn 14,1)*

Sobre esto dice Daniel Attinger:

Como para Israel la fe en Dios pasa por medio de la confianza en Moisés, así para nosotros la fe en Dios implica la fe en Cristo.

Y la fe en Cristo hoy significa para nosotros la fe en alguien, que es para nosotros testimonio de Cristo, que puede ser un padre espiritual, una madre espiritual, el esposo o la esposa, incluso los niños, o un sacerdote, etc... Una persona concreta.

Mi fe en Cristo se manifiesta en la obediencia recíproca. Porque en este caso el Dios en quien yo creo, no es un Dios que yo he construido, y la obediencia a ese

Dios no es la obediencia a mí mismo, sino a otro, que por su alteridad da testimonio, en cierto modo, de Cristo y de Dios mismo.

La fe en Dios, pues, siempre implica una concreta y real obediencia a alguien, de lo contrario se corre el riesgo de convertirse en ideología.

A continuación, podemos reflexionar sobre el don y sobre la responsabilidad de ser testigos los unos de los otros de quién es Dios y también preguntarnos cuánto somos libres para aceptar la mediación. En el camino de formación inicial éste es un dato decisivo: la acogida de las mediaciones, del maestro/a, del o de la responsable, es uno de los lugares donde se decide la maduración de la propia vocación. Acoger la mediación no significa, por supuesto, canonizar a nadie, pero saber discernir incluso dentro de los límites y de la calidad, dentro de un ser criatura que permanece, dentro el testimonio de la fe, de la acción y de la palabra de Dios para mi vida.

Excursos I

מַה-תִּצְעַק אֵלַי

¿POR QUÉ ME GRITAS?
Ex 14,15

Es muy interesante observar lo que dice el texto: *el pueblo clamó al Señor (Ex 14,10)*, y Dios dijo a Moisés: *¿Por qué me gritas (Ex 14,15)?*

Este es el grito de Israel delante de sus opresores, lo que Dios escucha (Ex 3,7), el grito de aquellos a quienes Dios llama hijos (Ex 3,9), el grito de duelo de los padres a los que se les quita el mañana de sus hijos (Ex 11,6; 12,30).

Es el grito de la gente, es el grito de Moisés. Moisés es uno con su pueblo y si su gente grita, él está en ese grito y ese grito es suyo. José Flavio en *Antigüedades hebreas* pone en la boca de Moisés esta oración:

Sabes que escapar de estos peligros está más allá de las fuerzas y del ingenio humano. Si existe una manera para que esta multitud pueda salir, esta multitud que por tu voluntad ha salido de Egipto, solamente tú tienes el poder de ofrecérsela.

Desconfiamos de cualquier otra esperanza y de cualquier otro refugio, nos refugiarnos sólo bajo tu protección, y estamos esperando de tu Providencia esos medios necesarios para escapar de la ira de los egipcios: miramos hacia Ti. Que pronto llegue esta ayuda que nos manifieste Tu poder, levanta los corazones de las personas postradas por la desesperación en la que están inmersas, levántalas hacia la serenidad y hacia la confianza en la salvación.

La angustia en la que nos encontramos bajo el poder de otros, está bajo tu dominio. Tuyo es el mar y la montaña que nos rodea; ábrelo, por lo tanto, a tu voluntad. Que el mar se convierta en tierra firme, o bien, déjanos escapar a través del aire, si tu omnipotencia quiere que también seamos salvados en esta forma.

José Flavio, Libro II, 335-7

Los Padres de la Iglesia nos hacen dar un paso más allá con respecto a la comprensión de este grito silencioso: éste es el mismo grito del Espíritu de Dios, ese que Dios escucha, ese grito que nos hace hijos.

Moisés clamó al Señor. ¿Cómo grita? No se oye ninguna voz de él que grita y sin embargo, Dios dice: ¿por qué me gritas? Me gustaría saber cómo los santos gritan a Dios sin emitir voz. El apóstol enseña que Dios ha puesto el Espíritu de su Hijo en nuestros corazones, y grita: ¡Abba, Padre!

Añade: el mismo Espíritu intercede por nosotros con gemidos indecibles. Y de nuevo: el que escudriña los corazones sabe lo que quiere el espíritu, porque de acuerdo a Dios reza por los santos.

Así pues, a través de la intercesión del Espíritu Santo, se siente ante Dios el grito silencioso de los santos.

Orígenes, Homilías sobre el Éxodo 5,4

Ambrosio comenta el momento anterior a la apertura del mar en el que los hijos de Israel claman a Dios. Él juzga este grito como *un quejumbroso lamento, un lamento que no llevaba ni una pizca de seguridad, sino que comportaba una ofensa infinita contra Dios*. En este grito él se opone al comportamiento de la oración de Moisés, y escribe:

Así que Moisés estaba ahí lleno de tristeza, de preocupación y de ansiedad, tanto por los peligros como por los lamentos de la gente, a la espera del fiel cumplimiento de las promesas del cielo; y en silencio consigo mismo meditaba sobre los recursos que a fin y al cabo el Señor habría realizado, olvidando la ofensa, consciente de su amor.

El Señor le dice: ¿por qué me gritas?

No puedo oír un sonido suyo, pero reconozco su voz:

percibo su silencio, advierto el grito que se esconde en sus obras.

El pueblo gritaba, y sin embargo, no era escuchado; Moisés callaba, y sin embargo, era escuchado.

No se dijo al pueblo: ¿por qué me gritas? De hecho no gritaba a Dios ese pueblo que se levantaba con insultos indignos de los hombres. Más bien, se dijo a Moisés: ¿Por qué me gritas? En otras palabras:

el único que me grita eres tú, que pone la esperanza en mí;

el único que me grita eres tú, que provocas mi fuerza;

el único que me grita eres tú, que no desea otra cosa que sólo el que mi nombre sea anunciado por toda la tierra.

Entonces Moisés gritaba con su corazón, ya que todo grito sabio se hace con el corazón.

Esto es tan verdadero, que la sabiduría - con un programa prohibido de los lugares más altos - invita a un brindis ofrecido por ella, diciendo: ¡abandonad la necedad y buscad la sabiduría! Es una proclamación que cae desde arriba, con un timbre fuerte, es esto lo que promete la sabiduría de los tontos. Incluso el Señor Jesús gritaba: ¡Si alguien tiene sed, venga y beba! Gritaba un gran anuncio, ya que invitaba a los hombres al reino de los cielos, los invitaba de aquella agradable bebida que infunde el flujo de la vida eterna.

También tú cuando reces, reza por bienes más grandes, es decir, ora por aquellos bienes que son eternos y no efímeros; Ora por los bienes que son divinos y celestiales, a fin de ser como los ángeles en el cielo.

No ores por el dinero, que no es sino un óxido;

*no ores por el oro, que no es más que un metal;
no ores por las posesiones que no son más que tierra:
una oración así no llega al Señor.*

*Dios no escucha sino todo aquello que siente digno de su benéfica
intervención; escucha a una voz devota, llena de fidelidad y de amor.*

San Ambrosio, Comentario Sal 118, XIX, 10